

Solsticio de Invierno



Mikel **A**ranburu **U**rtasun*

Sobre un fenómeno astronómico, el solsticio, que perturba al que fue universal dios primigenio y concierta los calendarios, el Sol, las culturas antiguas construyeron un armazón simbólico cuajado de rituales, entre los que destacan los del fuego y la personificación del periodo mágico. Su práctica tradicional ha forjado las identidades colectivas de los pueblos depositarios.

Palabras Clave: Solsticio. Dios. Sol. Ritual. Fuego. Olentzero. Calendario. Navidad.

Eguzkia, jatorrizko jainko unibertsala izan zena nahasten duen eta egutegiak adosten dituen fenomeno astronomikoaren inguruan, solstizioaren inguruan alegia, egitura sinboliko bat eraiki zuten antzinako kulturek; errituz beteriko egitura horretan suari eta aldi magikoa nortzeari dagozkienak nabarmentzen dira. Horien praktika tradizionalak herri gordetzailen talde nortasunak moldatu ditu.

Giltza-Hitzak: Solstizioa. Jainkoa. Eguzkia. Erritua. Sua. Olentzero. Egutegia. Eguberri.

Sur un phénomène astronomique, le solstice, qui perturbe celui qui fut le dieu primitif universel et fixe les calendriers, le Soleil, les cultures anciennes construisirent une armature symbolique remplie de rituels, parmi lesquels se détachent ceux du feu et de la personification de la période magique. Sa pratique traditionnelle a forgé les identités collectives des peuples dépositaires.

Mots Clés: Solstice. Dieu. Soleil. Rituel. Feu. Olentzero. Calendrier. Noël.

* Eusko Ikaskuntza. Plaza del Castillo, 43 bis – 3. D. Pamplona/Iruña.

Cuando el presidente de la Sección de Folklore de Eusko Ikaskuntza me comunicó el título de mi intervención en estas jornadas no pude menos que sorprenderme por su amplitud y cierto desajuste con el resto de ponencias. Me explico. En tanto que el resto de las intervenciones del ciclo acotan con precisión el campo de estudio desde enfoques particulares de Olentzero, como las dos que me han precedido esta tarde, el dilatado campo temático del Solsticio de Invierno puede al ponente sumirle en la impotencia de abarcarlo honrosamente o, positivamente, le proporciona una gran libertad de exposición pues casi todo va a tener cabida en el holgado marco. Para que ustedes se hagan una idea el buscador Google me proporciona en medio segundo casi tres millones de páginas al teclear “winter solstice”. Mi tarea ha sido resumirlas a un esquema de sólo tres y ajustarlas al objeto del ciclo: el Olentzero vasco.

¿Por dónde comenzar? Aun a riesgo de explicar cosas que ustedes ya saben, lo haré por la astronomía que, a nivel elemental, nos despeja e ilumina la interpretación de los datos históricos y etnográficos. Nos dice esta ciencia que en la Tierra las estaciones están motivadas por una inclinación –de 23° y 27’– sobre el eje norte-sur que el planeta presenta, cual peonza, en su movimiento de rotación y traslación en torno al Sol. De modo que, como saben, durante medio año es el hemisferio norte el que se expone más al sol y viceversa. Esta oscilación permanente cuenta con dos puntos extremos en los que la distancia angular es máxima y que para sus habitantes, nosotros, sitúan al sol en su punto más alto de declinación sobre el horizonte o el más bajo. Son los solsticios. En uno de ellos, el invernal, el sol apenas se eleva sobre el horizonte. Parece detenerse. Fruto de esta observación espontánea es la denominación latina de *Sol Sistere* (el sol detenido). Para el hemisferio norte, esto sucede entre la tarde del 21 de diciembre y el mediodía del 22 en la constelación de Sagitario y signo de Capricornio. Es el solsticio de invierno o solsticio hiemal, que provoca la noche más larga del año y correlativamente el día más corto. A partir del solsticio hiemal comienzan a alargarse los días.

Como es sabido, el Sol fue el primer dios universal. En el devenir del tiempo continuo el solsticio del dios Sol es un punto crucial, un apoyo para el primitivo almacén cosmogónico. En sí mismo es una hierofanía, una manifestación de lo sagrado que va a incidir profundamente en el concepto teológico de la muerte y la resurrección. En su origen late el temor atávico a la muerte del Sol. Un dios que muere y resucita. El tiempo se renueva (*eguberriak*). La debilidad manifiesta y preocupante del dios sol precisa la ayuda del hombre que la proporciona mediante el ritual del fuego. Tras el solsticio, con precisión astronómica desconocida para nuestros antepasados, el sol remonta en su trayectoria celeste y el júbilo se desata por la buena nueva que vivifica de nuevo la Naturaleza y anuncia la fecunda y ansiada primavera. Algo de extraordinaria importancia para los agricultores neolíticos. Aunque todavía quede todo el invierno por delante, el sol ha renacido y debe festejarse. Huelga decir que desde los tiempos prehistóricos los humanos se esforzaron en medir, calcular y a ser posible predecir los fenómenos naturales que condicionaban la vida. Para la arqueoastronomía, cabe la posibilidad de que algunos monumentos megalíticos pudieran servir como rudimentarias balizas de observación del movimiento de los astros.

En el largo censo de culturas que celebraron el solsticio invernal hay que citar a caldeos, egipcios, cananeos, persas, sirios, fenicios, griegos, romanos, hindúes...La mayor parte comparten una pauta claramente tomada del comportamiento del astro rey por la cual los respectivos dioses solares personificados de los dioses son víctimas que expían los pecados, mueren con violencia y resucitan.

Los rigores invernales suspendían gran parte de la actividad humana (incluso la guerra se interrumpía). La consecuencia de ello es un mayor recogimiento en el hogar con multiplicación de rituales vinculados a él. Y como venimos subrayando, el del solsticial fuego sagrado. En la cultura vasca, entre otras, la fuerza de la Casa se manifiesta en estas fiestas. La Casa es la institución que persiste. Animales, plantas y personas nacen y mueren. De algún modo, los difuntos permanecen en la Casa, adquieren cierto protagonismo y garantizan la continuidad. En el recogimiento del solsticio invernal el mundo real entra en contacto con el sobrenatural a través de la espiritual comunión con los antepasados y los pactos protectores con la divinidad y los espíritus de la Naturaleza. En la antigua Europa es época propicia para fiestas, cantos, danzas, comida y bebida, ceremonias del fuego (troncos, velas o candelas), recolección y uso plantas mágicas (muérdago) y obsequios y presentes como consecuencia de las relaciones de buena vecindad y visitas recíprocas (cuestaciones / *puska-biltzeak*).

El fuego se configura como un elemento esencial para fortalecer al extenuado astro-dios. La cultura tradicional europea ha conservado con amplia generalidad el rito del solsticial tronco ardiente en el hogar. Desde el nórdico Yule Log al pirenaico tronco de Navidad que los vascos conocemos como **subilero, sukilero, olentzero-enbor**. Recuérdese la elocuente raíz común en euskara de *Eguna, Egurra, Eguzkia*. El Yule Log debía arder en el hogar al menos durante doce horas. Hace treinta años, nuestros informantes en los valles prepirenaicos de Navarra nos decían que la combustión del *sukilero* debía mantenerse hasta año nuevo e, incluso, hasta Reyes. Por unos motivos o por otros, entre los cuales no hay que descartar la desaparición de la gran cocina baja de las casas, el rito del tronco ardiente fue variando en toda su geografía. También en la vasca. Una de las variantes más conocidas es la experimentada por el Yule Log nórdico que fue sustituido por un árbol de hoja perenne adornado con velas encendidas dando paso al célebre árbol de Navidad que decora nuestros modernos salones.

Tal como los rituales del fuego en el hogar, algunas características de las fiestas solsticiales son universales como la abundancia, hasta el exceso, en la ingestión de alimentos y bebidas. Otras no lo son tanto, como la recogida de hierbas mágicas extendida en los países nórdicos y que no hemos observado en nuestra tradición. ¿Quizá porque la recogida del muérdago fue temprana y expresamente prohibida por la Iglesia?

Para los antiguos griegos el día 24 de diciembre comenzaba el mes de Dionisos. Un dios que lo es de la muerte al tiempo que buen bebedor de vino. Roma dedicaba el periodo solsticial del invierno a las célebres fiestas

denominadas Saturnalia en honor a Saturno (el Cronos de los griegos), un dios de la abundancia, agricultor y plantador de vides. Los romanos contaban con un buen número de dioses solares: Apolo, Attis, Baal, Dionisio, Helios, Hercules, Horis, Mitra, Osiris, Perseo y Teseo. Bajo el emperador Aurelio, Roma fundió en una sola y gran fiesta las celebraciones de esta índole: el Día del Nacimiento del Sol Invicto (Dies Natalis Invicti Solis) el día 25 de diciembre. ¿Por qué el 25 si el solsticio es el 21 ó 22? Algunos explican que la antigua costumbre de celebrar el solsticio a los tres o cuatro días de su fecha real nació en las culturas prehistóricas que, incapaces de medir con exactitud el fenómeno astronómico, precisaban de ese tiempo para asegurarse, por la observación directa, el renacimiento del Sol y luego estallar en gozo. Evidentemente, no deja de ser una hipótesis.

La muy conocida práctica asimilatoria de los rituales paganos por la Iglesia se manifiesta de manera notable cuando a mediados del siglo IV se decide que el nacimiento de Jesús tuvo lugar en la fecha del 25 de diciembre. Una determinación de la Iglesia occidental (en la época no había una autoridad única para la cristiandad) viniendo a coincidir con la fiesta romana de la Natividad del Sol Invicto. El propio San Agustín se ocupó de fomentar la sustitución y exhortaba a los cristianos a venerar al *Creador* del Sol.

Habría que recordar que nada dicen los evangelios acerca de la fecha del nacimiento de Jesucristo. Todavía en pleno siglo III los teólogos discutían las diversas fechas posibles y era preferida, y predominante en celebraciones, la del día 6 de enero. Curiosamente las distintas posiciones tan sólo parecían estar de acuerdo en que el solsticio de invierno era la menos probable debido a la climatología adversa y en contradicción con el relato del Evangelio de San Lucas: *los pastores pernoctaban al raso y se turnaban velando el rebaño*, algo impropio de las frías noches de la región en esa época. Tal cariz tomó la discusión que el Papa Fabian consideró sacrílegas tales elucubraciones. Tampoco debe sorprender la tardía determinación sobre este aspecto humano de Jesucristo pues, por otra parte, recuérdese que el dogma por el que el Padre y el Hijo comparten la misma sustancia divina la figura de Jesús no fue oficialmente declarado hasta el año 325.

En general los rituales precristianos y paganos han marcado el desarrollo de la Navidad cristiana. Téngase en cuenta que aunque para los reinos cristianos de la península ibérica el Concilio de Toledo supuso una fuerte limitación de aquéllos, los pueblos germanos y galos los mantuvieron casi incólumes hasta bien entrada la Edad Media.

La cultura popular ha conservado creencias que hoy chocan con los conocimientos específicos que se posee de los hechos naturales que la motivan. Para la tradición oral vigente europea la noche más larga del año es la del 13 de diciembre, festividad de Santa Lucía. Los refranes alusivos son numerosos en todos los idiomas. En euskara, por ejemplo, todavía repetimos: *Santa Luzia eguna argi deneko iluna*; *Santa Luzitan gaurik luzeena*; etc. ¿Cómo pudo la sabiduría popular alejarse tanto de un fenómeno natural de fácil observación como el solsticio? Ni una ni otro tienen la culpa. La causa

está en la errónea medida del tiempo aplicada durante muchos años. Es un problema de calendarios.

Julio César determinó que el año solar tenía una duración de 365,25 días, para ajustar el calendario a un número entero de días agregó un día cada cuatro años (al que llamaron bi-sexto, de ahí bisiestos). Pero el calendario juliano, que así se denomina, partía de un ligero error de cálculo ya que el año tiene 365,24232 días, unos once minutos menos que lo estimado por Julio César. Esta desviación, pequeña en apariencia, era ya de once días a finales del siglo XVI. La alarma levantada en la Iglesia por el peligroso corrimiento de la fecha de Pascua (determinada por la primera luna llena tras el equinoccio de primavera) hizo que el Papa Gregorio corrigiera el error. Estableció para ello un nuevo cómputo que suprime un año bisiesto cada cuatro siglos (así elimina las ocho milésimas de año sobrantes). Es el actual y vigente calendario gregoriano. Y para rectificar el desfase acumulado de once días suprimió los comprendidos entre el cuatro y el catorce de octubre de 1582. Una medida que no fue seguida por la Iglesia ortodoxa. La distancia entre la festividad de Santa Lucía y el verdadero solsticio nos permite acotar el tiempo en que, en efecto, el 13 de diciembre fue para los cristianos el día más corto del año durante los siglos XI y XII. Los refranes que nos dejaron tienen por tanto la venerable antigüedad de casi mil años.

Volvamos, ya para terminar, a Olentzero. Y adelantemos que la personificación de este periodo mágico a efectos rituales no es, ni mucho menos, exclusiva de la cultura vasca. Las fiestas del periodo solsticial han tenido en gran parte de Europa personificaciones más o menos similares entre sí. Por ejemplo Kolya (Rusia), Niklas (Austria y Suiza alemana), Pelze-Nichol (Baviera), Semiklaus (Tirol), Bonhomme Noel (Alsacia), Svaty Mikulas (Eslovaquia), Sinter Klaas, Sinterklaas o Sint Nicolaas (Países Bajos), Father Christmas (Gran Bretaña) o Pére Noël (Francia). Es también conocido que fue en los Estados Unidos donde estas antiguas personificaciones navideñas que llevaron los emigrantes europeos al nuevo continente fueron fundidas en la mercantil y poderosa imagen, hoy universal, de Santa Claus o Papa Noel.

En las próximas jornadas de este ciclo se discutirá sin duda sobre la personificación de Olentzero, entendido como periodo solsticial y festivo, que singularmente ha sido tradición constatada en la zona de Lesaka y Oiartzun. Mucho más limitada que lo que su actual auge urbano en Euskal Herria quiere hacer suponer. Desde Barandiarán a Caro Baroja o Satrústegui todos los investigadores y publicistas de la entrañable figura han reiterado este punto muy conocido que no voy a repetir. Pero sin ánimo de adentrarme en lo que no es el objeto de mi intervención sí me gustaría traer una línea explicativa que acabo de releer a Pío Baroja y que, salvo error, creo que no ha sido estudiada. Decía el escritor que la razón de que los rituales de Olentzero personificado, con el muñeco en cuestación, tan sólo se dieran en esta región obedece a que la misma perteneció a la diócesis de Baiona y que la costumbre pudo tener origen en la misma. Es una sugerencia que dejo sobre la mesa para el resto de participantes del ciclo.